

Las huertas del Jaén Islámico

Vicente Salvatierra Cuenca *

Introducción

El estudio de las huertas medievales tiene dos aspectos; uno se refiere a las cuestiones sociales y económicas, es decir, propiedad, compras y ventas de tierra, organización, productos, marco jurídico, etc. Dicho estudio es el que puede realizarse a partir de la documentación de archivo, pero naturalmente sólo a partir del momento en que existen suficientes documentos conservados. No existe documentación de archivo para la época islámica, de hecho la única conservada para esa época se encuentra contenida en algunos textos y crónicas. Y para los reinos feudales, en la mayor parte del territorio peninsular sólo empieza a haber suficiente documentación a partir del siglo XIII. El mejor estudio de este tipo hasta el momento es el efectuado por Th. Glick (1970) de la huerta de Valencia.

El segundo aspecto se refiere a su estructura física, y a su proceso de formación y desarrollo. La documentación es en estos casos aún más escasa, por lo que en principio la única vía es la del estudio arqueológico. De hecho para época islámica son las fuentes arqueológicas las que mayores datos pueden aportar, en especial los referidos al tamaño, crecimiento o reducción de los espacios irrigados, espacios construidos en ella, etc.

No obstante, hasta el momento, la gran mayoría de los espacios de regadío investigados son los de montaña, posiblemente porque en ellos es más fácil que hayan quedado fosilizadas las principales estructuras que forman el sistema. En base al análisis de varios de esos sistemas M. Barceló y su equipo definieron los *principios* técnicos que rigen estos sistemas (BARCELO, KICHNER, NAVARRO 1996). Paralelamente, M. Barceló (1988; 1989) ha defendido que esos sistemas de regadío fueron introducidos en la Península por comunidades campesinas que aprovecharon al máximo las posibilidades de sus territorios, que estas comunidades eran grupos tribales beréberes, y que el regadío se extendió a partir de la segmentación de los grupos que entraron ya en el siglo VIII.

Aunque la gran mayoría de los investigadores aceptan los principios y que fueron creados efectivamente por comunidades campesinas, sin necesidad de ninguna intervención estatal, no ocurre lo mismo con la teoría que los vincula a los grupos tribales beréberes, ni con la cronología, ya que no existe un método fiable para la determinación de esta última, y mucho menos para establecer su vinculación étnica (CRESSIER 1995; GUTIERREZ LLORET 1995; 1996), a parte de que esa preponderancia beréber no explica muchos de los datos conocidos acerca del periodo, tanto escritos como arqueológicos, y es difícil de conciliar con las teorías

* Área de Historia Medieval. Universidad de Jaén

sobre la formación de al-Andalus que sí los tienen en cuenta (ACIEN 1994).

Por lo que se refiere a los grandes perímetros irrigados vinculados a las ciudades del levante, recientemente se ha planteado la cuestión de su origen, discutiéndose si existe una diferencia cualitativa con respecto a los de montaña, o no. (SANMARTÍ 1994; BARCELO 1995). La cuestión tiene indudablemente gran importancia, pero para poder resolverla satisfactoriamente, primero es necesario conocer como se formaron y se desarrollaron esos sistemas, con el fin de establecer comparaciones pertinentes. Y el análisis arqueológico de las huertas en zonas llanas es mucho más difícil de realizar, ya que los aportes de materiales realizados por la erosión son más abundantes que en la montaña, y los procesos destructivos semejantes, y por tanto las posibilidades de observación directa de estructuras antiguas más difícil.

Teniendo en cuenta todas las limitaciones, tanto las de la documentación escrita, como las arqueológicas, la investigación ha tenido que buscar nuevas vías. Un posible punto de partida es la utilización de crónicas o descripciones específicas muy posteriores, en especial las realizadas en el siglo XVIII, cuando los ilustrados llevaron a delante una intensa "campana" en favor de la expansión del regadío, convencidos de que era la vía más adecuada para mejorar y potenciar la producción agrícola. A partir del marco trazado por esos estudios, que recogen las ampliaciones realizadas, es posible llevar a cabo un proceso de "deconstrucción", es decir, se eliminan del plano general aquellos perímetros de regadío de los que hay constancia por los diversos textos, de cuando se construyeron, de forma que va estableciéndose, hacia atrás, la superficie regada en cada momento.

El procedimiento es posible emplearlo sobre todo en las huertas de Levante, donde la "campana" de los ilustrados triunfó de manera notable, quizá porque actuaba sobre un entorno muy favorable, al haber subsistido numerosas huertas desde época islámica, produciéndose en el siglo XVIII la consolidación y un nuevo desarrollo de las mismas, que generó una abundante bibliografía especializada al respecto (JAU-

BERT de PASSÁ 1991). Así se ha hecho en la huerta de Orihuela, donde empleando además las escasas referencias de los textos árabes y la arqueología, ha podido avanzarse en el análisis de su creación y evolución en época islámica y relacionar este proceso con el de la formación y crecimiento de la ciudad (AZUAR, GUTIERREZ LLORET e.p.).

No obstante las investigaciones sobre las huertas urbanas en general apenas ha comenzado, y en muchas ciudades, donde por diversas causas el crecimiento urbanístico ha sido muy rápido, o donde el paisaje ha sido profundamente modificado durante el último siglo (carreteras, polígonos industriales, modificaciones grícolas...), se han perdido ya buena parte de las posibilidades de investigación.

Las Huertas de Jaén. La documentación

La visión actual del entorno de la ciudad de Jaén es la de una tierra de secano, dominada por el monocultivo del olivo, y donde sólo en algunos puntos de la vega del Guadalbullón existen pequeñas zonas de huertas. Sin embargo, esta imagen es muy reciente. Hace cuatro años, en la zona actualmente en urbanización de Marroquíes Bajos, había huertas, y si retrocedieramos cincuenta años advertiríamos que todo el entorno de la ciudad, allí donde hoy se encuentra la principal avenida de la ciudad, estaba también salpicado de huertas, al igual que toda la ladera ubicada al Sur de la catedral, siendo estas huertas sólo un resto de las que posiblemente había en época islámica. En consecuencia, cualquier estudio que pretenda comprender el desarrollo y la historia de la ciudad de Jaén en época medieval, tiene que tener en cuenta ese hecho, que hoy resulta cada vez más difícil de imaginar.

Para el siglo XVIII tenemos también en Jaén bastantes datos sobre las huertas que rodeaban la ciudad, aunque por desgracia no son comparables a los existentes para el Levante. La política de potenciación de los regadíos impulsada por los ilustrados, se llevó también a cabo aquí, donde algunos personajes insistieron en las posibilidades de la zona, muy rica en agua.

Entre ellos destacó el deán J. Martínez de Mazas (1978), quién no sólo abogaba por la ampliación del regadío, sino que a él se le debe la única descripción, por desgracia muy somera, de las huertas existentes en el entorno de la ciudad.

Este autor señalaba la existencia de cuatro huertas. La más extensa estaba formada por las tierras más inmediatas al río Guadalbullón, con un total de 820 cuerdas, distribuidas en varios perímetros que se regaban desviando el agua mediante azudes instalados en el curso. Si tenemos en cuenta que la cuerda equivalía en esa época en Jaén a unas 0'6262 ha. (FERRER; GONZALEZ 1996), el conjunto suponría unas 513 ha. aproximadamente. Las mismas habían permanecido sin demasiados cambios hasta hace poco, subsistiendo incluso restos de algunos molinos; el conjunto ha desaparecido en parte con la construcción de la autovía Jaén-Granada.

Al Sur de la ciudad se encontraban las huertas de Valparaíso, con 149 cuerdas (93 ha. aprox.) y unos 5 kms. al Norte las de La Imora, con 66 cuerdas (41 ha. aprox.) y regadas ambas por arroyos y manantiales tributarios del Guadalbullón.

Por último la denominada Huerta del Poyo, que rodeaba estrechamente la ciudad por el Sur, Este y Norte y era regada con el agua procedente de la misma. El autor indica que en conjunto tenía una extensión de 95 cuerdas, unas 60 hectáreas. A partir de la toponimia aún conservada en su época -y hoy desaparecida en buena parte- Martínez de Mazas identificaba toda esta huerta, extendiéndose incluso hacia La Imora y Valparaíso, con el llamado Ruedo de la Veintena, nombre que recibía la huerta en la documentación bajomedieval. Todo el conjunto parece que puede identificarse además con la denominada huerta de la Rivera, citada por P. Madoz (1988) a finales del siglo XIX.

Según los cálculos de Martínez de Mazas, el conjunto suponía unas 1.130 cuerdas, esto es, algo más de 700 ha. Esta extensión es notablemente baja, lo que nos hace pensar que al contrario de lo que sucede en la zona levantina, lejos de ser producto de ampliaciones, estas zonas fueran los restos de una huerta

continua, formada desde luego por varios perímetros yuxtapuestos, en el sentido descrito por P. Cressier (1995).

Posiblemente fue el propio Martínez de Mazas quien impulsó la toma de postura que adoptó con respecto a este tema la Sociedad Económica de Amigos del País de Jaén. Esta fue fundada en 1786, muy tardíamente en relación a las de la mayoría del país, y según el estudio realizado por Inmaculada Arias (1987) en su primera etapa (1786-1808) el interés de la Sociedad por el regadío se plasmó en la convocatoria en los años 1787 y 1788 de un premio "para una memoria que estudiara el lugar más conveniente para la construcción de una acequia en el río Guadalbullón, que beneficiara por medio de regadíos la mayor extensión de tierras posible y al menor costo" (ARIAS 1987, pp. 249-250), es decir, un proyecto semejante a los que durante el mismo siglo se llevaron a cabo en el Levante. Pero sobre el tema no se presentó estudio alguno. A lo largo de los años se premió la plantación de árboles frutales, moreras, y otros productos de regadío, por lo que las zonas regadas debieron crecer algo, pero no se crearon infraestructuras de entidad.

En la segunda etapa (1808-1820) "la Sociedad cambia de táctica e intenta realizar ella misma las obras que antes se limitó a impulsar" (ARIAS 1987, p. 245). En relación al regadío los trabajos se iniciaron con la realización de un estudio topográfico y el análisis de las cuencas de los ríos de la provincia, examinando las posibilidades de crear zonas de regadío. Posteriormente se proyectaría el canal del Guadalbullón, escogiéndose como punto de arranque la zona de Grañena, a unos 8 kms. de la capital, y que debería regar tierras de Las Infantas y Mengibar, con una superficie total de unas 2000 cuerdas. Llegó a realizarse buena parte del proyecto entre 1816 y 1820, pero finalmente quedaría interrumpido (ARIAS 1987, pp. 288-289).

No parece haber con posterioridad grandes proyectos de ampliación del regadío, lo que puede explicarse en parte por el hecho de que en el siglo XIX, cuando en otras zonas las huertas crecen y se potencian, en Jaén se

consolida la introducción del olivar; también potenciado desde el principio por la Sociedad Económica, y que acabará convirtiéndose prácticamente en un monocultivo, quedando la huerta como algo residual y casi marginal en el conjunto de la economía de la provincia y de la propia ciudad. Por ello, los textos de los pocos economistas y agrónomos que hablan de la agricultura de la zona, se centrarán lógicamente en el olivar. No obstante, hay que advertir que aún no se ha hecho en este tema un análisis en profundidad de la documentación contemporánea pública (Actas Capitulares, Boletín de la Provincia,...) o privada, por ejemplo el estudio de la documentación de las organizaciones de regantes.

La existencia en la actualidad de diversas zonas de huerta en el Guadalbullón, y la desaparición de la existente en el entorno de la ciudad hace sólo unos años, indican que es un tema aún pendiente, que puede proporcionar datos de interés.

La Huerta islámica

Las noticias escritas sobre las huertas islámicas de Jaén se limitan prácticamente a las referencias incluidas en los textos de Al-Himyarī y Al-Idrīsī a cerca de la importancia de las mismas, donde había gran abundancia de árboles frutales y cultivo de legumbres (AGUIRRE, JIMENEZ 1979). Y aunque a mediados del siglo XIII el territorio fue conquistado por los castellanos, los documentos bajomedievales son muy escasos, y datan en su mayoría de finales del siglo XV, en gran parte por el incendio de los archivos durante el saqueo de la ciudad por los nazarís en 1368. Por ahora sólo se dispone de un texto acerca de las dehesas del término de Jaén, publicado por T. Quesada (1994), que incluye diversas referencias a las huertas, aunque muy genéricas. Y está en estudio la documentación contenida en las Actas Capitulares, donde también hay alguna referencia a las huertas que se regaban con el agua procedente de los manantiales de la ciudad (DIEZ BEDMAR 1997).

No obstante, algunas noticias acerca de las destrucciones del entorno realizadas durante

el cerco de la ciudad por Fernando III, sugieren la existencia de una gran huerta. Entre los siglos XIII y XV, a causa de los constantes enfrentamientos con los nazarís, ésta debió quedar reducida a las proximidades de las poblaciones fortificadas de la zona. Y aunque a partir de principios del XVI se expandiese, la crisis del XVII debió hacer que volviera a contraerse.

J. Martínez de Mazas describe el conjunto de huertas del término de Jaén, es decir, del conjunto de las tierras que se integraron en el concejo después de la conquista castellana. Pero este no funcionó nunca como una unidad en época islámica. De hecho hay datos suficientes como para estimar que esas tierras estuvieron divididas entre varios distritos (*iqḷīm*) y por otro lado parece suficientemente demostrado que dentro de ellos, cada aldea (*qarya*) constituía una unidad fiscal, que muy probablemente organizaba con plena autonomía la producción (GUICHARD 1988; BARCELÓ 1997).

Esto implica que en las tierras que analizamos existirían bastantes comunidades, cada una de las cuales actuaría con independencia del resto. Pero tampoco hay duda de la fuerte interconexión de unas con otras, sobre todo a la hora de crear perímetros de regadío, aspecto en el que la colaboración es fundamental, puesto que, situados los grupos a lo largo de un río o un arroyo, los de aguas abajo sólo recibirán el agua mediante acuerdo con los que ocupen la cabecera. Pero además de esa situación, que se produce en relación al menos a los ríos Guadalbullón y Quiebrajano, en Jaén se da la circunstancia de que parte del agua procedía del interior de la ciudad, por lo que es necesario también el acuerdo de distribución entre las necesidades urbanas y las rurales.

Por tanto, en la descripción, vamos a analizar el conjunto del sistema, como si fuese una unidad, aunque estamos convencidos de que existieron distintos perímetros, que posiblemente estaban en función de las localidades más próximas, a las que también haremos referencia. No hemos incluido el análisis concreto de cada uno de los perímetros o subsistemas, trabajo que está empezando a realizarse en algunos puntos, pero que en otros será imposible por

las modificaciones sufridas por el territorio. Comenzaremos por las tierras del entorno, es decir, aquellas que debían de pertenecer a poblaciones distintas a Jaén, para examinar después las de las inmediaciones de la propia ciudad.

Las huertas del entorno

El eje de todo el complejo es desde luego el río Guadalbullón y su cuenca, no obstante, cabe distinguir varias partes. Para facilitar la descripción, nos referiremos en primer lugar, y por separado, al curso medio de los ríos Guadalbullón y Quiebrajano (o Valdearazo), para analizar después el tramo posterior a la confluencia de ambos.

El Guadalbullón

Por lo que se refiere al Guadalbullón, la zona de La Cerradura en la que el río transcurre profundamente encajado, permite separar el curso alto del río, del tramo medio, que es al que se refirió Martínez de Mazas. Éste puede dividirse a su vez en varias zonas. La primera se extiende entre La Cerradura y las proximidades de Pegalajar. La construcción de la autovía Jaén-Granada, ha eliminado en los últimos años casi todas las posibilidades de investigación de esta zona.

El segundo tramo es el que se extiende hasta el Puente Nuevo, donde el Guadalbullón se une al Quiebrajano, ya casi frente a Jaén. En este tramo se localizan las poblaciones de Pegalajar, en la orilla derecha, y La Guardia en la izquierda. La primera se ha identificado con el topónimo Pagu, citado en la crónica de 'Abd al-Rahman III (JIMÉNEZ; QUESADA 1992), y la segunda es Mantis, una de las principales poblaciones de la región. Ambas presentan en la actualidad huertas independientes del río, en especial la primera, donde se han conservado en buena parte como debían ser en la Edad Media. La población se sitúa en lo alto de un cerro, mientras que las huertas se distribuyen en terrazas hasta llegar al lecho de un pequeño arroyo tributario del Guadalbullón. Buena parte de estas terrazas se abastecen de manantiales, en especial el de la Fuente de la Reja,

dentro de la población. El estudio técnico realizado sobre estas huertas con el fin de incoar un expediente para protegerlas como Patrimonio Histórico, indica las enormes posibilidades existentes desde el punto de vista de la investigación histórica.

Por lo que se refiere a las de la Guardia, sus huertas bajan también en terrazas desde la población actual en dirección al Guadalbullón, y debían ser abastecidas por una derivación de este río. En La Guardia se establecieron ya en el siglo VIII los 'Uqaylies, miembros del *ġund* de Qinasrīn, uno de cuyos miembros, Ḥusayn b. al-Daġn fue gobernador de la cora de *Yayān* bajo 'Abd al-Raḥmān I. Y este mismo grupo dominaba la localidad aún en tiempos del emir 'Abd Allāh, momento el que Iṣḥāq b. Ibrāhīm b. 'Attāf al-'Uqaylī abandonó la corte cordobesa para refugiarse en Mentesa, que fortificó y proteger sus tierras de los ataques muladíes (AGUIRRE, JIMÉNEZ 1979). La población parece que se limitaba en esta época aproximadamente a la superficie ocupada hoy por el castillo, donde las excavaciones dirigidas por J.L. Castillo han puesto al descubierto lienzos de muralla de diversos momentos, desde época emiral a almohade y niveles de habitación. Otras hipótesis sugieren que este pudo ser un recinto defensivo y que la población se extendería por las terrazas, estando las huertas medievales en el cauce del río.

Con respecto al origen de estas huertas hay numerosos problemas. Sin duda existieron en época islámica, y de esa época debe datar la organización en terrazas y la gran extensión que alcanzaron. Pero el origen latino de ambos nombres plantea la cuestión de en qué momento se crearon, y nos retrotrae a la discusión que comentábamos al principio.

Por su parte, el Guadalbullón, muy por debajo de ambas poblaciones, presenta en esta zona un cauce relativamente amplio, con grandes meandros y zonas abiertas por la erosión, que dan lugar a numerosas áreas susceptibles de ser regadas, que se van haciendo mayores a medida que el cauce se abre hacia Jaén. No obstante, las fuertes crecidas que este río experimenta han debido producir cambios en su cauce y en los meandros, destruyendo gran

parte de las posibles evidencias arqueológicas. No obstante, en el tramo entre La Guardia y el puente citado, en las laderas, se han localizado algunos pequeños asentamientos fechables en época emiral, y que quizá formasen parte del distrito de Wādī 'Abd 'Allāh que las fuentes citan en esta zona entre los siglos VIII y X (CASTILLO 1998).

El Quiebrajano

Este río, afluente del anterior, discurre en gran parte paralelo a él, aunque por el interior de la Sierra de Jaén. El curso alto del mismo, hasta Otiñar está también encajado, pero además la construcción de un pantano en esa zona ha supuesto una destrucción semejante, o más intensa, que la de la autovía en el Guadalbullón.

Entre Otiñar y el Puente de la Sierra, donde uno de los afluentes (Río Frio) desemboca en el Quiebrajano, el valle sigue encajado, pero con zonas de meandros que dan lugar a espacios con posibilidades de ser irrigados, siendo su problemática -arrasamiento y cambios de trazado- muy semejante a la ya señalada para el Guadalbullón, a pesar de lo cual esta es posiblemente una de las zonas que menos cambios ha sufrido, pese a la construcción de una carretera. En la zona se advierten aún restos de huertas, aunque en su mayoría deben ser modernas o contemporáneas, lo que sin embargo abre la posibilidad a la existencia de otras en época islámica, que estarían vinculadas a pequeñas poblaciones del entorno, que tendrían en el cerro de Otiñar un *hisn* constituido por un recinto de grandes proporciones. En época bajomedieval los castellanos situaron en su interior un castillo, que es hoy el elemento más visible (SALVATIERRA 1995).

A continuación, hasta el Puente Nuevo, donde el Quiebrajano desemboca en el Guadalbullón, el valle se amplía pudiendo distinguirse varias zonas. Por debajo de la cota de 400 m. tiene una anchura que oscila en torno al medio kilómetro, estando hoy ocupado por urbanizaciones (Puente de la Sierra, Puente Jontoya) frecuentemente afectadas por las riadas y desbordamientos. Por ello y por ser las tierras más fáciles de regar, es improbable que

en la misma hubiesen asentamientos en época islámica, y con toda probabilidad habría huertas. Por encima de la cota de 400 m., por la izquierda continúan las últimas estribaciones de la Sierra de Jaén, mientras que por la derecha el terreno sube lentamente hasta alcanzar el pie del macizo de las Peñas de Castro a 700 o 750 m. Es una zona que tiene entre 2 y 3 kms. de anchura, recorrida por pequeños arroyos, cuya actividad erosiva ha dado lugar a colinas o cabezos. En la parte más elevada del macizo se encuentra el asentamiento de Peñas de Castro, y también se han localizado otros en los cabezos de la zona, como el de Zumbel (SALVATIERRA 1995; CASTILLO 1998)

Valparaíso

Entre el macizo de las Peñas de Castro y la sierra de Jabalcuz hay un pequeño valle, que se prolonga hacia Jaén, regado por el agua de varios afluentes del Quiebrajano, entre los que destacan el arroyo Reguchillo. Esta es la zona donde se encontraban las huertas de Valparaíso, citadas por Martínez de Mazas, y sometidas hoy a un proceso de destrucción verdaderamente notable.

El río Guadalbullón-Jaén

Junto al Puente Nuevo, enfrente de Jaén, el Quiebrajano desemboca en el Guadalbullón. El valle se abre aún más, alcanzando una anchura entre 3 y 5 kms. Por la derecha el terreno sube bruscamente hasta los 400 m., formando un escalón, con caídas casi verticales de 40 a 80 m. sobre el río en muchos puntos. Por la izquierda, al Este y Norte de la ciudad el terreno sube suavemente hasta alcanzar los 600 m., punto a partir del cual se eleva bruscamente con las alturas de la Sierra de Jabalcuz.

Desde el Puente Nuevo hasta Grañena hay unos 15 kms. de longitud. Por la derecha el límite sigue siendo muy nítido, manteniéndose el corte brusco del terreno, con escasos puntos de subida hacia la planicie oriental, y pequeños asentamientos en algunos puntos, como el de Puente Tablas, fechado entre los siglos IX y X (SALVATIERRA, AGUIRRE 1989; SALVATIERRA 1995; CASTILLO 1998)

Por la izquierda el valle sube muy suavemente hasta esos mismos 400 m. y se convierte en parte de la Campiña, manteniéndose esas alturas hacia el Oeste. Es un terreno con numerosas colinas, que hacen muy compleja la creación de una huerta continua. En realidad el espacio que puede ser regado directamente por el río se limita a una franja muy estrecha en torno al cauce. Pero toda el área está recorrida por numerosos arroyos y escorrentías que recogen el agua de las sierras de Jabalcuz, a lo que hay que agregar la multitud de surgencias naturales propiciadas por la composición geológica del terreno. La zona enlaza con las huertas de la Imora.

La Imora

En la amplia zona de pendientes y colinas que se extiende entre el Gudalbullón y la sierra de Jabalcuz, a unos 5 kms. al Oeste de la ciudad, en dirección a Torredelcampo, se localizaban las huertas de la Imora, citadas por el deán Martínez de Mazas, y de las que también hay referencias en las fuentes árabes, elogiándolas por su gran cantidad de agua. Hasta hace poco se conservaban restos de las canalizaciones de distribución del agua y de las balsas de almacenaje, destruidas sin embargo por la autovía Jaén-Torredelcampo, y las nuevas urbanizaciones de la zona (CASTILLO 1998). Pero es muy probable que bajo el nombre de La Imora las fuentes árabes hicieran también referencia a otras huertas existentes en las inmediaciones, que subsistirían en época cristiana, como las vinculadas a la torre de La Aldehuela, (SALVATIERRA 1995; CASTILLO 1998).

La Huerta periurbana

La ciudad de Jaén se asienta en la falda del Cerro de Sta. Catalina, elevación formada por terrenos calcáreos, que constituye un verdadero depósito de agua, que emerge a través de las fracturas de la capa freática, dando lugar a numerosos manantiales, varios de los cuales se encuentran dentro de la propia ciudad, que creció en torno a los mismos.

Hasta principios del siglo XI el recinto amurallado abarcaba una superficie de unas 10 ha.,

formando un rectángulo que en sentido Norte-Sur iba desde la muralla Norte (Carretera de Córdoba, Instituto Ruíz Jiménez, final de la C/ Millán de Priego) hasta la Plaza Luisa de Mariillac. El límite Este estaría en actual calle de Millán de Priego, mientras que el Oeste no se ha localizado, aunque quizá no rebasase la calle Juanito el practicante. Este recinto sería básicamente el mismo que el existente en época romana, aunque a la llegada de los musulmanes debía estar semiabandonado. Sólo lentamente irá reorganizándose. Paralelamente, en el entorno, durante el siglo VIII empezarán a surgir explotaciones agrarias cuyo carácter es muy difícil de definir por el momento.

Durante el proceso de reorganización político-administrativa del valle del Guadalquivir, su posición geográfica, la abundancia de agua y la existencia de antiguas fortificaciones inducirían a 'Abd al-Rahman II a convertir este recinto en capital de la cora, sede de las autoridades políticas, al tiempo que se refuerza su función religiosa con la construcción de una mezquita aljama (I. de La Magdalena), lo que atraería a un pequeño sector de artesanos y comerciantes (SALVATIERRA et alii 1993). Progresivamente en torno al núcleo inicial se configuran otros, que se reorganizan completamente en el siglo X. Surge entonces una ciudad formada por varios núcleos más o menos separados, sólo uno de los cuales estaría amurallado (SALVATIERRA, SERRANO, PEREZ e.p.). Las razones de esta separación entre arrabales y centro fortificado aún no están claras; en el caso de Jaén quizá se debió al deseo de no ocupar las tierras más bajas en la proximidad de la fortificación, tanto por defensa, como porque en ella se concentraba el agua que salía de los importantes manantiales del interior; y donde podían ubicarse fácilmente extensas zonas de cultivo. Si embargo, la misma situación se produce en la misma época en otras poblaciones, como Córdoba o Pechina, por lo que será preciso continuar investigando. De los núcleos no amurallados de Jaén, empezamos a conocer bastante bien el situado en Marroquíes Bajos.

Ésta es una amplia extensión, de más de 50 ha. limitada al Oeste por el arroyo de La Magdalena (que nace en el recinto amurallado) y

al Este por un fuerte barranco y la depresión de Las Lagunillas, área que solía encharcarse hasta que comenzó su urbanización hace treinta años. Se constituye así una especie de larga meseta inclinada de Sur a Norte, limitada hoy en este último lado por un polígono industrial. La zona ha estado ocupada desde el neolítico, hace unos 5.000 años. Después, hubo *villae* romanas y también construcciones visigodas. En época islámica ha podido comprobarse que partiendo de pequeños conjuntos dispersos, hacia mediados del siglo X se había formado un extenso barrio, que pudo alcanzar las 20 ha., mientras que el centro político y religioso seguía sin superar las 10 ha. Además de numerosas viviendas, en la zona se han localizado otras estructuras agrícolas. Entre ellas destacan algunos molinos, pozos de noria, etc.

La superficie de huertas fue cambiando a lo largo de los siglos VIII a X, ya que si al principio parece seguro que éstas se encontraban entre las edificaciones, formando un paisaje de viviendas más o menos aisladas, progresivamente se fue produciendo la concentración de las mismas, con lo que las zonas de huertas irían igualmente concentrándose en los alrededores. Es imposible calcular por el momento la superficie regada, la cual debió estar en relación con los habitantes, e ir creciendo progresivamente, con tendencia a ocupar principalmente el espacio entre el recinto amurallado y las zonas habitadas.

La reorganización de la ciudad y su entorno

En el siglo XI, la gran crisis y transformación política que se produce con la desaparición del califato de Córdoba, y el fraccionamiento del territorio en multitud de pequeños reinos, con una inseguridad generalizada que durará más de un siglo, llevó a una reestructuración de la mayor parte de las ciudades de Al-Andalus. Los recintos amurallados de las ciudades crecen desmesuradamente, posiblemente porque gran parte de la población del entorno pasa a refugiarse en el interior de los mismos.

En Jaén la muralla se amplía ahora hasta alcanzar la zona donde hoy se ubica la catedral, es decir, el espacio anterior se triplica, cre-

ciendo hacia el Norte, y posiblemente también se construye hacia la parte superior del cerro, alcanzando quizá el llamado carril de la Llana. Nuevos manantiales, como el de la plaza de la Audiencia, quedan integrados en el nuevo recinto, y otros, como el de Sta. María, se desvían hacia el mismo para abastecer las nuevas necesidades urbanas. Marroquíes Bajos se abandona, en parte de forma violenta, con el incendio de viviendas y el abandono de todos los enseres.

La reorganización de la ciudad debió producir también una reorganización de las huertas. Todo el flanco Sur de la ciudad, desde la antigua Puerta de Granada (hoy carretera de Los Villares) quedaba situado sobre el llamado Barranco de Los Escuderos, que corre de Oeste a Este. Entre el barranco y la ciudad había una amplia franja de terreno, en parte de la cual en el siglo XIV se estableció el llamado arrabal de Las Monjas. En dicha franja hubo un amplio cinturón de huertas, quizá una de las más famosas de la ciudad, a las que desde el siglo XIX se accedía por la llamada Senda de los Huertos. Ese terreno era regado en época islámica por el arroyo Reguchillo y manantiales como el de Sta. María, que desaguaban en el barranco de los Escuderos. Es muy probable que al mismo desaguase también el manantial del Alamillo, que nace en el Cerro del Neveral. La existencia de las huertas del barranco de los Escuderos en época islámica está atestiguada por excavaciones recientes en la zona. En este caso además se conoce su continuidad en época bajomedieval por algunas referencias contenidas en las Actas capitulares.

A continuación, ocupando el ángulo Sureste de la ciudad, el terreno se elevaba formando una pequeña colina que se aprovecharía para la creación del arrabal de S. Idelfonso, entre los siglos XIII y XV. Por la zona circulaban dos arroyos, uno que bajaba por la actual calle Bernabe Soriano, y otro por las calles Hurtado y Teodoro Calvache. Serían alimentados respectivamente por los excedentes de las fuentes de la Plaza de la Audiencia y de S. Francisco, y en la misma también se ha comprobado la existencia de huertas. Cuando se desvía el caudal del manantial de Sta. María

hacia el interior de la ciudad, sus excedentes enriquecerían también la zona. La progresiva urbanización del área entre los siglos XV y XVI hizo desaparecer estos arroyos, convertidos en madres de aguas sucias. Como consecuencia gran parte de la huerta sería sustituida en parte por huertos más o menos extensos. El riego de estos últimos mediante los excedentes de los manantiales, provocaría frecuentes enfrentamientos entre los particulares -generalmente clérigos o instituciones religiosas- y el cabildo de la ciudad.

El frente Este de la ciudad, desde la Plaza de la Constitución a Marroquíes Bajos, estaba ocupado por una larga depresión, que hoy constituye el Paseo de la Estación, principal avenida de la ciudad. Presentaba una importante inclinación Sur-Norte, y la misma recogía las aguas sucias de la ciudad, pero también parte del agua procedente del manantial de La Magdalena, y quizá de algunas otras pequeñas surgencias, que salían a través de varios arroyos, que sólo muy lentamente y con el paso del tiempo fueron encauzados y progresivamente cubiertos, el último de ellos en el siglo XVI (ULIERTE 1990; SALVATIERRA. ALCAZAR 1996). Esos arroyos vertían el agua al pie de las murallas, regando las huertas y dando lugar a la formación de uno de los brazos del arroyo de La Magdalena, que quizá quepa identificar con el arroyo del matadero, citado en la documentación de los siglos XIX y XX, sin descartar que este tuviese su origen en otro pequeño manantial que incrementaría el caudal del arroyo. Como se advierte, pese a la proximidad en el tiempo de estos cauces, su organización resulta hoy difícil de establecer, por la falta de precisión de la documentación disponible.

A la misma zona verterían también sus aguas algunas de las múltiples surgencias que existían en las colinas situadas al otro lado de la depresión, la mayor parte de las cuales se han secado o han sido destruidas en el curso del crecimiento de la ciudad en los últimos cincuenta años. El conjunto constituía un cauce, cuyo único resto aún visible es el llamado arroyo de La Magdalena, que discurre entre la estación de ferrocarril y la zona de Marroquíes Bajos.

El flanco Norte de la ciudad, entre la muralla y el mencionado Arroyo de La Magdalena, era abastecido también desde la propia ciudad, posiblemente por un ramal de la propia fuente de la Magdalena. Estas huertas siguieron existiendo en los siglos siguientes, habiendo menciones a sectores de la misma, como la del Egido del convento de La Coronada, que desde el siglo XVI ocupaba una amplia zona al Norte de la ciudad, junto a la actual carretera de Córdoba, o las huertas del Paraje del Caño del Agua, que ocupaban el ángulo Noreste de la ciudad.

Los Cultivos

No es posible por el momento establecer si hubo diferencias en los productos cultivados a lo largo del tiempo. No obstante, aunque pudieran introducirse tardíamente algunos nuevos, es de suponer que la mayoría serían los mismos.

El aceite es citado como uno de los productos de Jaén por al-Muqaddasī, aunque con algunas dudas. Pero los autores árabes citan sobre todo los árboles frutales (AGUIRRE, JIMÉNEZ 1979) y la morera, básica para la cría del gusano de seda, ya que ésta parece haber sido una de las industrias más florecientes de Jaén, presente no sólo en la ciudad, sino también en numerosas alquerías (AGUIRRE, JIMÉNEZ 1979) y que se mantenía aún en el siglo XIX según reflejan las Actas Capitulares.

También la ciudad aparece citada en casi todos los autores árabes como una localidad con una gran producción de trigo y numerosos molinos, y la presencia de una "muela" perteneciente a uno de éstos en el centro de la zona investigada de Marroquíes Bajos (SERRANO 1997), sugiere que una parte del área estuvo dedicada al cultivo de cereales en los primeros siglos. Ello implicaría en la actualidad un dominio del secano. Sin embargo Al-Himyarī y Al-Idrīsī citaban la costumbre de sembrar el trigo junto a legumbres, habas, garbanzos y judías (AGUIRRE, JIMÉNEZ 1979), y ya Th. Glick había señalado en relación a la huerta valenciana, que aún en la Baja Edad Media, el riego era empleado para incrementar el rendimiento de las

cosechas ordinarias y que se regaban tanto los cereales de invierno (trigo de varios tipos y cebada), como los de primavera y hortalizas (ajos, habas, judías verdes), así como las viñas y por supuesto árboles como naranjos, manzanos, higueras, algarrobos, etc. (GLICK 1970). Naturalmente el momento del riego y la cantidad de agua varía considerablemente de unos productos a otros. Aún en la actualidad se emplea en algunas zonas del Levante variantes de este tipo de riego, que recibe el nombre de "secano mejorado". Esta costumbre, totalmente desconocida en el resto de Europa, estaba generalizada y sistematizada en Al-Andalus (BOLENS 1981; 1990), lo que está confirmado por las referencias a ello de los agrónomos andalusíes, de lo que pueden ser buen ejemplo las referencias de Ibn Luyun.

Por tanto, durante la mayor parte del periodo islámico en las huertas hubo una gran multiplicidad de productos, que rotarían en los campos según la época, mientras que los árboles frutales y moreras para la alimentación de los gusanos de seda delimitarían el espacio, sirviendo al mismo tiempo de linde entre unas parcelas y otras y protegiendo los cultivos del aire, que en Jaén llega a alcanzar una notable fuerza. Esta costumbre de crear "ruedas" ha sido frecuente hasta la introducción de los medios mecánicos, que sí necesitan trabajar sobre grandes extensiones de un mismo cultivo para ser rentables. La multiplicación en la variedad de los productos está en relación con una estrategia que tendería al autoabastecimiento, y solo de modo subsidiario a la producción para el mercado, con la que obtener la moneda con la que pagar los impuestos.

Para los siglos XII y XIII diversas referencias de los autores árabes sugieren que la producción de trigo de la región era insuficiente para alimentar a toda la población (AGUIRRE, JIMÉNEZ 1979). Quizá ello se debiera en parte al dominio de otros productos como la viña, que debía ser especialmente importante en el entorno de la ciudad, si tenemos en cuenta las referencias a las talas ordenadas por Fernando III al iniciar el último cerco de esta en 1245 (AGUIRRE, JIMÉNEZ 1979).

BIBLIOGRAFÍA

- ACIÉN, M. (1994): *Entre el feudalismo y el islám. 'Umar ibn Hafṣūn en los historiadores, en las fuentes y en la historia*. Jaén. (hay 2ª ed. 1997 ampliada).
- AGUIRRE, F.J.; JIMÉNEZ MATA, M. C. (1979): *Introducción al Jaén islámico*. Jaén.
- AGUIRRE, F. J.; SALVATIERRA, V. (1989): "Cuando Jaén era Yayyān". *Jaén*, Vol. II Historia. Granada, pp. 453-490.
- ARIAS DE SAAVEDRA, I. (1987): *Las Sociedades Económicas de Amigos del País del Reino de Jaén*. Granada.
- AZUAR, R.; GUTIERREZ LLORET, S. (e.p.): "Formación y transformación de un espacio agrícola islámico en el sur del País Valenciano: el Bajo Segura (Siglos XI-XIII)" *Cas-trum V* (Murcia 1992).
- BARCELÓ, M. (1986): "La qüestió de l'hidraulisme andalusí", en *Les aigües cercades (Els qanat (s) de l'illa de Mallorca*. Palma de Mallorca. (Hay traducción castellana, incluida en Barceló, Kichner, Navarro 1996).
- BARCELÓ, M. (1988): "Sistemas de irrigación y asentamientos islámicos en los términos de Huesa; Belerda; Tiscar-Don Pedro y Cuenca". *Anuario Arqueológico de Andalucía 1988*, pp. 59-71.
- BARCELÓ, M. (1989): "El diseño de espacios irrigados en Al-Andalus: un enunciado de principios generales" en *El agua en las zonas áridas: Arqueología e Historia. I Coloquio de Historia y Medio Físico*, vol. I, Almería, pp. XV-XLXI. (incluido en Barceló, Kichner, Navarro 1996)
- BARCELÓ, M. (1995): "L'archéologie hydraulique en question". *Archéologie islamique*, vol. 5 pp. 197-201.
- BARCELÓ, M.; KIRCHNER, H.; NAVARRO, C. (1996): *El agua que no duerme*. Granada.
- BARCELO, M. (1997): *El sol que salió por Occidente*. Jaén.
- BOLENS, L (1981): *Agronomes andalous du Moyen Age*. París.
- BOLENS, L. (1990): *L'Andalousie du quotidien au sacré XIe-XIIIe siècles*.
- CASTILLO, J.C. (1998): *La Campiña de Jaén en época Emiral*. Jaén.
- CRESSIER, P. (1995): "Hidráulica rural tradicional de origen medieval en Andalucía y Marruecos. Elementos de análisis práctico". en *El agua. Mitos, ritos y realidades* (Ed. J.A. Alcántud y A. Malpica). Granada, pp. 255-286.
- DÍEZ BEDMAR, Mª C. (1997): *El raudal de La Magdalena y el crecimiento urbano de Jaén*. Memoria de Licenciatura, inédita.
- FERRER, A.; GONZÁLEZ, A. (1996): *Las medidas de la tierra en Andalucía. Según las respuestas Generales del Catastro de Ensenada*. Madrid.
- GLICK, Th. F. (1970): *Irrigation and society in Medieval Valencia*. Harvard University Press. (Hay versión castellana: *Regadío y sociedad en la Valencia medieval*, Valencia 1988)

GUICHARD, P (1988): "Le problème des structures agraires en Al-Andalus avant la conquête chrétienne". *Andalucía entre Oriente y Occidente (1236-1492)*. V Coloquio Internacional de Hª Medieval de Andalucía. Córdoba pp. 161-170.

GUTIÉRREZ LLORET, S. (1995): "El origen de la huerta de Orihuela entre los siglos VII y XI. Una propuesta arqueológica sobre la explotación de las zonas húmedas del Bajo Segura". *Arbor* CLI, 593; pp. 65-93.

GUTIÉRREZ LLORET, S. (1996): "Acerca del origen de la huerta de Orihuela y la explotación de las zonas húmedas del bajo Segura entre los siglos VII y XI". *Arqueología y Territorio Medieval*, vol. 3, pp. 37-48.

AL-HIMYARĪ: en E. Leví Provençal, *La Península Ibérique au Moyen Age d'après le "kitab ar-Raw al-Mitar fi habar al-aktar d'ibn Abd al-Mun in al-Himyari*. Leiden.

AL-IDRĪSĪ: *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, ed. y trad. franc. de R. Dozy y M.J. De Goeje, Leyden, 1866. Eimp. Amsterdam 1969.

IBN LUYUN: *Tratado de Agricultura*. Edición, traducción y estudio de J. Eguaras Ibañez (2ª Ed.) Granada 1988.

JAUBERT de PASSÁ, F. (1991): *Canales de riego de Cataluña y Reino de Valencia*. (Ed. facsimil de la ed. de 1844). 2 vols. Valencia.

JIMÉNEZ, M.; QUESADA, T. (1992): "En los confines de la conquista castellana: toponimia y poblamiento de los montes granadino-gienenses en el siglo XIII según la documentación cristiana". *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su reino*, pp. 51-80.

MADOZ, P. (1988): *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de ultramar (1845-1850)*. (Ed. facsimil de términos de Jaén). Salamanca.

MARTÍNEZ DE MAZAS, J. (1978): *Retrato al natural de la ciudad y término de Jaén*. (Ed. facsimil de 1794). Barcelona 1978.

MARTÍNEZ SANMARTÍN, L.P. (1994): "L'étude sociale des espaces hydrauliques. De la Maîtrise de l'eau à la question hydraulique". *Archéologie islamique* vol. 4, pp. 141-152.

QUESADA, T. (1994): *El paisaje rural de la Campiña de Jaén en la Baja Edad Media según los libros de las Dehesas*. Jaén.

SALVATIERRA, V. (Ed.) (1995): *Guía arqueológica de la Campiña de Jaén*. Granada.

SALVATIERRA, ALCÁZAR (1996): "La distribución del agua en Jaén durante el periodo islámico". *Arqueología Medieval* vol. 4, pp. 95-106.

SALVATIERRA, V.; AGUIRRE, F.J. (1989): "La cerámica medieval del yacimiento de Puente Tablas (Jaén)". *Homenaje al profesor Alfonso Sanchez Saez*. Granada, pp 301-313.

SALVATIERRA, V.; PEREZ MARTINEZ, Mª C.; CASTILLO, J.L.; ALCÁZAR, E.; CANO, J. (1993): "Formación y evolución de una ciudad islámica: Jaén". *IV Congreso de Arqueología Medieval Española*, vol. II. Alicante pp. 87-94.

SALVATIERRA, V.; SERRANO, J.L.; PEREZ, Mª C. (e.p.): "La ciudad en al-Andalus: Crecimiento urbano, expansión agraria y crisis política."

SERRANO, J.L. (1997): "Un complejo califal de Marroquíes Bajos, Jaén". *Arqueología y Territorio Medieval*, vol. 4 pp. 59-79.

ULIERTE, L. (1990): *Jaén, La ciudad y su historia*. Granada

RESUMEN

En este trabajo se recogen algunas noticias acerca de las huertas existentes en el entorno de la ciudad de Jaén en época islámica y se inicia el análisis físico del territorio para determinar las zonas donde pudieron estar situadas, como paso previo al estudio arqueológico.

PALABRAS CLAVE: Arqueología Medieval. al-Andalus. Agricultura. Regadío.

ABSTRACT

Some news about the outskirts vegetable gardens of Jaén have been taken in this article. It starts with the physical analysis of this territory in order to determine the areas where these vegetable gardens could be placed, as the first step towards the archaeological studies

KEY WORDS: Medieval Archeology. al-Andalus. Agriculture. Irrigated land

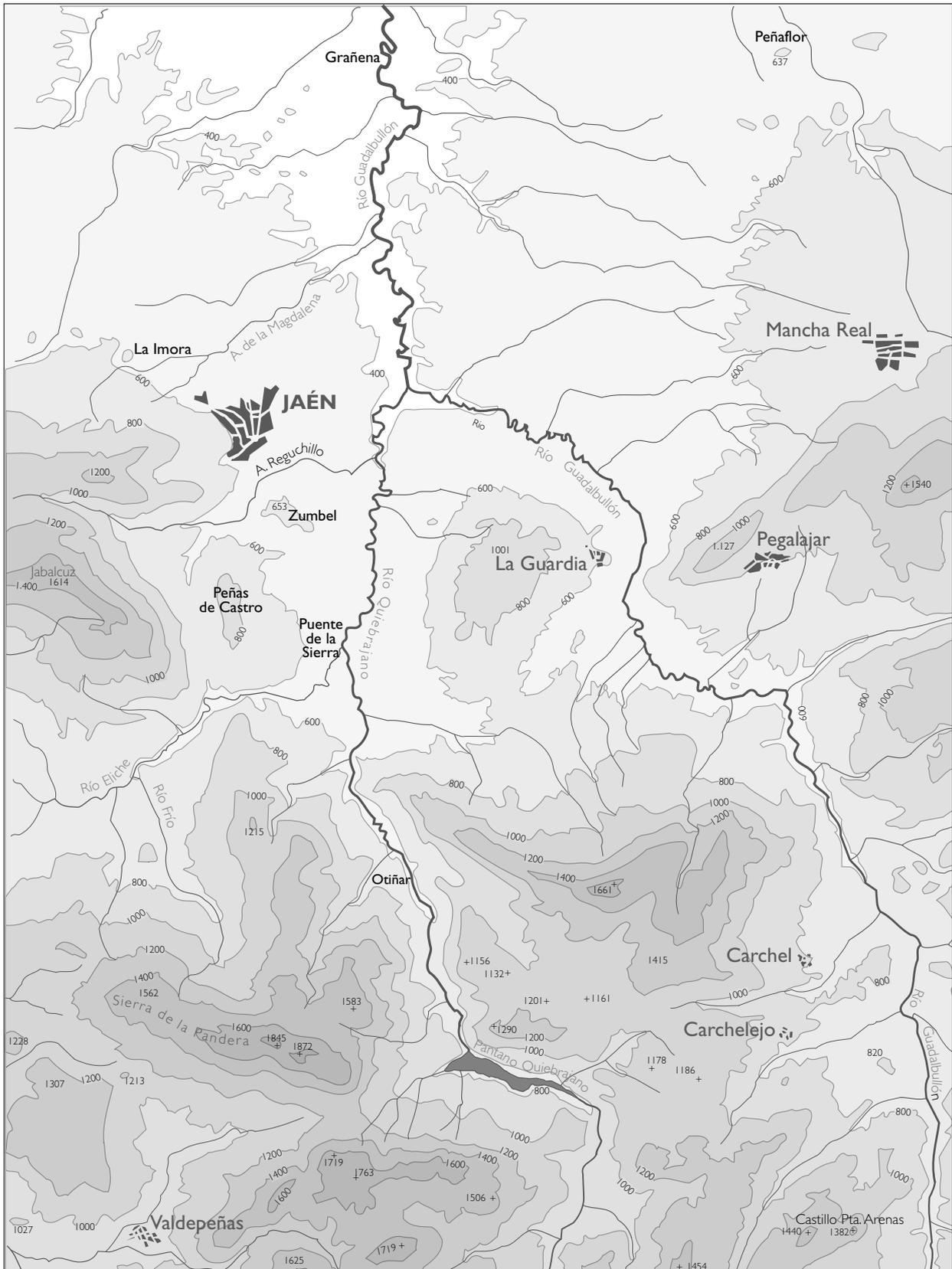


Fig. 1. El valle alto del Guadalquivir

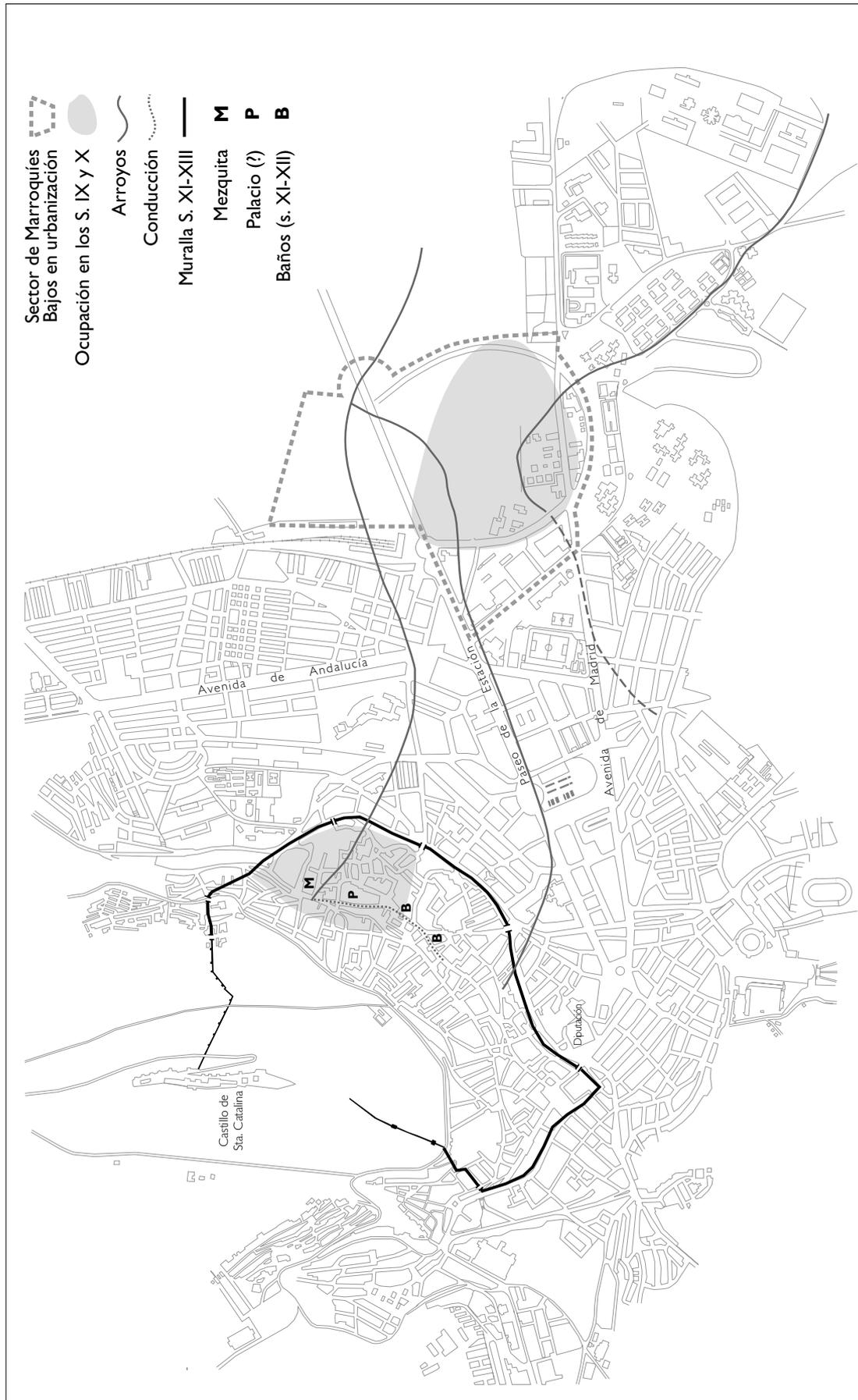


Fig. 2. La Ciudad de Jaén en época medieval